

CAMINOS DEL FUTURO PARA LA IGLESIA EN VENEZUELA BAJO LA GUIA DEL ESPIRITU SANTO

Mons. Mario Moronta R.

1.- Introducción

Una de las exigencias que el momento actual le coloca a la Iglesia es la de estar en diálogo con la historia. Es decir, con una actitud de apertura a los nuevos signos de los tiempos para brindarles el mensaje vivificante del Evangelio. En el dinamismo de la encarnación, introducido por Jesucristo en la historia de la humanidad, la Iglesia tiene que estar pendiente, en cada uno de sus miembros, de dónde actúa, con quién actúa y cuándo realiza la acción a ella encomendada. Esto no es difícil, aun cuando pueda encontrar obstáculos, pues cuenta con una garantía importante: la fuerza y la guía del Espíritu Santo.

1998, caminando hacia la celebración del Jubileo de la redención, ha sido dedicado por el Santo Padre como un año para pensar, orar y centrar nuestro pensamiento y actividad en la tercera persona de la Trinidad Santa: el Espíritu Santo. Por eso, entre otras tareas, es importante el poder centrar nuestra reflexión en lo que significa, ha significado y seguirá significando la acción del Espíritu Santo entre nosotros. Ello exige una de las actitudes que todo miembro de la Iglesia debe tener siempre: apertura de corazón; es decir, sabiduría para que pueda dejarse guiar, iluminar y fortalecer por el Espíritu de Dios en todo lo que hace, especialmente la acción evangelizadora.

Leer la historia de la Iglesia, vivir la Iglesia hoy y pensar la Iglesia en el futuro no se puede hacer si uno deja a un lado al Espíritu Santo. Nos lo sugiere el Papa cuando en *Tertio Millennio Adveniente* nos dice: *“La Iglesia no puede prepararse al cumplimiento bimilenario de otro modo, si no es por el Espíritu Santo. Lo que en la plenitud de los tiempos se realizó por obra del Espíritu*

Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia" (TMA 44).

De hecho el Espíritu es quien actúa y guía la Iglesia: "*El Espíritu, de hecho, actualiza en la Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares la única Revelación traída por Cristo a los hombres, haciéndola viva y eficaz en el ánimo de cada uno: El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho*" (Jn 14, 26)" (*Ibidem*). Por eso, dentro de los objetivos del Jubileo del año 2000 se incluye el reconocimiento de la presencia y de la acción del Espíritu, que actúa en la Iglesia tanto sacramentalmente, sobre todo por el sacramento de la Confirmación, como a través de los diversos carismas, tareas y ministerios que El ha suscitado para su bien (TMA 45).

Desde esta perspectiva queremos presentar un conjunto de reflexiones e ideas que nos permitan un diálogo o una profundización posterior. Se trata de ver cuál es el camino y el desafío que se le presenta a la Iglesia en Venezuela de cara al futuro. No pensamos la Iglesia como una institución meramente humana. Sino que es el Pueblo de Dios guiado por el Espíritu a través de sus ministros, pero enriquecido por El mismo con tantísimos carismas y servicios que permiten avizorar los caminos por donde hemos de transitar en los próximos años, más allá del 2000 en los umbrales del tercer milenio.

2.- Bajo la guía del Espíritu Santo

Una de las tentaciones que hemos de solventar en esta tarea permanente de la Iglesia es el pretender manipular la acción del Espíritu. Cuando los Apóstoles resolvieron la disputa que los había reunido en aquel primer concilio de Jerusalén, dirigieron una carta a la Iglesia donde afirmaban que *hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponerles más cargas que estas indispensables* (Hch 15, 28). La señal es clara, el Espíritu Santo fue quien dirigió a través de las inteligencias y reflexiones de los Apóstoles la decisión que no sólo preservaría la unidad de la Iglesia naciente, sino su dimensión de apertura a la universalidad. A lo largo de la historia, con una lectura fundamentalista y reduccionista de este texto, no pocos han querido indicar lo mismo pero con un énfasis contrario: *Nosotros y el Espíritu Santo hemos decidido...*

Es la tentación de tomar las decisiones sin ponerlas en la oración, o dejándose guiar por los intereses y argumentos terrenos. Entonces, cuando se toma la decisión se quiere presentar al Espíritu como ratificándola. Esto es

manipulación de lo que el Espíritu Santo puede obrar en nosotros. En el fondo, quienes actúan así conducen a la Iglesia hacia los despeñaderos de la dispersión y de la falta de comunión. Muchas veces estas decisiones *avaladas* (*manipulando*) *por el Espíritu* se centran en posturas de poder, de tradicionalismos o de un conservadurismo a ultranza que termina siendo integrismo.

En cambio, quien actúa con total sencillez y sabiduría (apertura de corazón), va descubriendo cuáles son los caminos del Espíritu por los que El quiere que la Iglesia camine. Cuando esto se da, no se termina rompiendo con la tradición verdadera, aún cuando se puedan superar actitudes, modos de esa tradición; pero tampoco hay temor o miedo de enfrentar el futuro, pues es la tarea que el Espíritu le pone a cada quien y a la comunidad eclesial. Aquella actitud cierra corazones y, a lo mejor da la impresión de que quien la ejerce tenga poder, aunque ha perdido la autoridad que le viene de lo alto, esta actitud, no sólo confiere autoridad a quien la ejerce, sino que le da la garantía de seguridad en la peregrinación del pueblo de Dios y en la acción evangelizadora de la Iglesia.

Habida cuenta de esto podemos detenernos unos instantes en dos elementos puntuales de nuestro momento actual.

a) La vivencia del Concilio Vaticano II

Ya son muchos los jóvenes creyentes en Cristo que comienzan a ver el Concilio Vaticano II como algo lejano en el tiempo. Sin embargo, es un acontecimiento que transformó los tiempos modernos y, particularmente nuestro siglo XX. En la década de los sesenta, década de profundos cambios a nivel de la humanidad, por la acción del Espíritu, la decisión casi ingenua de Juan XXIII hizo que la Iglesia viviera la experiencia de la renovación interior, cuyos frutos aún recogemos. En el discurso de clausura de la primera sesión del Concilio (la única en la que participó), Juan XXIII se refirió al Concilio en términos de un nuevo Pentecostés.

Será verdaderamente el “nuevo Pentecostés”, que hará que florezca en la Iglesia su riqueza interior y su extensión hacia todos los campos de la actividad humana; será un nuevo paso hacia adelante del reino de Cristo en el mundo, un reafirmar de modo cada vez más alto y persuasivo la alegre nueva de la redención, el anuncio luminoso de la soberanía de Dios, de la fraternidad humana, de la caridad y de la paz prometida en la tierra a los hombres de buena voluntad, como respuesta al beneplácito celestial.

Estaba, con esta expresión, manifestando que la Iglesia tenía que abrirse a los nuevos vientos de la historia, con la misma actitud de Pentecostés. El Espíritu señalaba el camino y el horizonte. La tarea no sería fácil, pero tampoco imposible. Era la urgencia de la renovación que permitiría a la Iglesia no sólo estar al día, sino incluso, en algunos campos, adelantarse al mundo moderno.

Pablo VI, al inaugurar la segunda sesión del Concilio Vaticano II, volvía a enfatizar lo antes indicado: *“Bajo este aspecto, el Concilio quiere ser un despertar primaveral de inmensas energías espirituales y morales latentes en el seno de la Iglesia. Se presenta como un decidido propósito de rejuvenecimiento no solo de las fuerzas interiores sino también de las normas que regulan sus estructuras canónicas y sus formas rituales. Es decir, el Concilio pretende dar o acrecentar a la Iglesia la hermosura de perfección y santidad que solo la imitación de Cristo y la mística unión con El, en el Espíritu Santo, le pueden conferir”*.

En su Encíclica “Ecclesiam Suam”, el mismo Pablo VI dedicará un amplio apartado a este deseo y necesidad de renovación que es una de las tareas y será también una de las consecuencias del Concilio. Al final de dicha encíclica, Pablo VI afirma algo que tiene vigencia siempre actual: *“¡La Iglesia está viva hoy más que nunca! Pero, considerándolo bien, parece que todo está todavía por hacer; el trabajo comienza hoy y nunca se acaba. Es ésta la ley de nuestra peregrinación sobre la tierra y en el tiempo. Es éste el deber habitual, venerables hermanos de nuestro ministerio, al que hoy todo estimula para hacerse nuevo, vigilante, intenso”* (n.110).

b) La Nueva Evangelización

Muchas son las ideas que se pueden seguir presentando acerca de la renovación iniciada por el Concilio Vaticano II como una acción del Espíritu en medio de nosotros. Pero fijemos la atención sobre algo que Juan Pablo II nos ha venido presentando como una tarea peculiar de este fin de siglo y milenio, ya avizorada por Pablo VI en el trozo que hemos citado anteriormente: *la Nueva Evangelización*. Lo que nos pide el Santo Padre está en sintonía con lo que el Concilio nos ha propuesto en la línea de la auténtica renovación de la Iglesia, cuando reflexionó sobre la vocación y misión de la misma en el mundo moderno. En la *Redemptoris Missio*, Juan Pablo II subraya que la actividad misionera está aún en sus comienzos (RMi 30).

El Papa nos recuerda que *en la historia de la humanidad son numerosos los cambios periódicos que favorecen el dinamismo misionero. La Iglesia,*

previsión (RMi 30). Como ayer, hoy la Iglesia tiene que seguir evangelizando, anunciando la fuerza de Cristo salvador, bajo la guía del Espíritu Santo. En este sentido, *nuestra época ofrece en este campo nuevas ocasiones a la Iglesia: la caída de ideologías y sistemas políticos opresores; la apertura de fronteras y la configuración de un mundo más unido, merced al incremento de los medios de comunicación; el afianzarse en los pueblos los valores evangélicos que Jesús encarnó en su vida (paz, justicia, fraternidad, dedicación a los más necesitados); un tipo de desarrollo económico y técnico falto de alma que, no obstante, apremia a buscar la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el sentido de la vida. Dios abre a la Iglesia horizontes de una humanidad más preparada para la siembra evangélica. Preveo que ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión "ad gentes". Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos* (RMI 3).

Es la tarea ineludible de la Nueva Evangelización en el hoy de nuestra historia de salvación: *nuestra época, con la humanidad en movimiento y búsqueda, exige un nuevo impulso en la actividad misionera de la Iglesia. Los horizontes y las posibilidades de la misión se ensanchan y nosotros los cristianos estamos llamados a la valentía apostólica, basada en la confianza en el Espíritu. ¡El es el protagonista de la misión!* (RMi 30).

Cuando el mismo Juan Pablo II nos invita a dedicar este año 1998 al Espíritu Santo, destaca también el protagonismo del Espíritu en la Nueva Evangelización: *el Espíritu es también para nuestra época el agente principal de la nueva evangelización. Será por tanto importante descubrir al Espíritu como Aquel que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos* (TMA, 45).

Desde esta perspectiva de la renovación en el Espíritu que propone el Concilio, y la Nueva Evangelización como una tarea esencial de la Iglesia en estos tiempos, es como vamos a reflexionar seguidamente sobre algunos aspectos de la vida y misión de la Iglesia en nuestra nación.

3. La Iglesia del presente en Venezuela

La Iglesia en Venezuela no está ausente ni ajena a la misión que Cristo le ha confiado. Tiene su dinamismo peculiar, por los signos de los tiempos que

signos que permiten comprobar que la Iglesia en Venezuela ha dado un salto hacia la renovación. También debemos descubrir las sombras que hay que iluminar con la luz del evangelio para que no estorben en la edificación del Reino de Dios. Y sin temores de ninguna especie, con la esperanza que nos da el sentirnos hijos de un Dios salvador, asumir los grandes desafíos que se nos presentan en la época actual.

a) Sus luces...

Muchas son las realizaciones que podemos encontrar en la Iglesia en la actualidad y que nos hablan de un dinamismo especial, gracias a la acción del Espíritu. Podemos mencionar, como lo haremos, algunas de ellas. Pero lo que más nos interesa es tratar de detectar como se han fortalecido o aparecido esas luces en nuestra historia actual, o se han mantenido desde nuestra historia pasada. El elenco que haremos no es exhaustivo y cada lector u oyente de esta ponencia puede completarlas; más aún debe completarlas desde la propia vivencia. Lo mismo dígase de las sombras y desafíos que podamos vislumbrar posteriormente.

- Mayor presencia de la Iglesia en el acontecer nacional.
- Mayor crecimiento de las vocaciones sacerdotales y religiosas, aún cuando el número no sea suficiente frente a las necesidades.
- Mayor participación de laicos en tareas de la Iglesia: ministerios, compromiso en las comunidades, catequistas, etc.
- Profundización de la acción educativa de la Iglesia: sobre todo en lo que se refiere a la educación popular.
- Mayor énfasis y presencia de la Iglesia en el campo de la comunicación social.
- Realización de planes de pastoral de conjunto en comunidades, diócesis y a nivel nacional.
- Fortalecimiento de instancias y estructuras pastorales en muchos campos.
- Protagonismo de miembros de la Iglesia en diversos campos del acontecer nacional.
- Conciencia de una urgencia de renovación en la Iglesia y de un compromiso con el país en la línea de la evangelización.
- Desarrollo de la conciencia de trabajo en comunidades.
- Mayor capacidad de organización de los sectores, grupos y comunidades en sectores populares, campesinos...
- Deseo de revitalización de la pastoral.

en las diversas dimensiones de su compromiso eclesial.

- El querer ver hacia adelante y tratar de preparar el futuro de la Iglesia en el país: planes globales, programaciones de las diversas instancias, Concilio Plenario Nacional.

- Acciones evangelizadoras particulares o comunes: campañas Compartir, Abrazo en Familia, Misiones. Jornadas misioneras, etc...

- La toma de conciencia de que podemos ser santos, como lo es la Beata María de San José.

- La presencia enriquecedora de la religiosidad y piedad popular.

Estas y otras tantas acciones de luz hablan sencillamente de una cosa: los designios del Espíritu Santo son misteriosos. Hace algunos años, una de las cosas que más se le criticaba a la Iglesia era el que pareciera haber estado tras bastidores. Hoy, la Iglesia está en un alto grado de credibilidad en las encuestas y en la opinión pública. Esto trae sus riesgos, como los veremos a continuación, pero no es obra de unos cuantos, o estrategia de algunos iluminados: es sencillamente el haber descubierto las sendas del Espíritu, el haber abierto las puertas a la acción que guía las sendas de la Iglesia.

Estas luces deben iluminar a todos los miembros del pueblo de Dios y tratar de borrar las sombras existentes. Pero hay un elemento interesante que no debemos descartar: si existen estas luces es porque el Espíritu está y sigue actuando; pero también desde nuestra vivencia, nos ayuda a demostrarnos que somos capaces como Iglesia a pensar que podemos evangelizar y manifestar la vitalidad de una Iglesia que asume sus desafíos. Lo que nos toca es leer esos signos eclesiales, junto con otros signos de los tiempos de nuestra nación y, entonces realizar el discernimiento adecuado para enfrentar la situación que hemos de evangelizar.

b) Sus sombras...

No podemos tapar el sol con un dedo: por eso hemos de tener conciencia de que existen sombras en nuestra vida eclesial y que hemos de iluminar para poder hacer más efectiva la acción del Espíritu entre nosotros. Nombraremos algunas de esas sombras, sabiendo que cada quien puede proponer otras que se escapen a esta enumeración que tampoco resulta exhaustiva.

- Escasez o número insuficiente de agentes de pastoral para atender las necesidades pastorales del momento.

- El que no pocos agentes de pastoral se sientan instalados en seguridades humanas que impiden una acción más eficaz: el saberse tranquilos por el grado

mayoría...

- El que no se llegue a las inmensas mayorías aún con la posibilidad que la Iglesia tiene con sus medios de comunicación social.

- El embate de las sectas y de los nuevos movimientos religiosos que van creando bajas en las comunidades cristianas.

- La falta de presencia en algunos sectores significativos de la vida del país: pastoral obrera, empresariado, universidades, etc...

- La dedicación de los movimientos de apostolado seglar y de los laicos de manera casi exclusiva a tareas sólo intraeclesiales y poca conciencia de que deben hacer tareas extraeclesiales: evangelización de la cultura, de la política, etc...

- La tendencia de grupos y personas particulares a buscar seguridades en actitudes fideístas (apariciones, movimientos integristas, etc...).

- Un estilo muy clericalista de hacer la pastoral de la Iglesia: que se manifiesta no sólo en los sacerdotes sino también en los seglares.

- Falta de una reflexión teológica autóctona: es decir de interpretación desde la Palabra de Dios de nuestro acontecer nacional y eclesial.

Estas y otras sombras existentes hay que acabarlas: la única forma es tomando en serio la acción evangelizadora y darle la luz del Evangelio también a nuestras vidas. El enemigo está dentro, pues el tentador no querrá que haya luces o que el Espíritu actúe. De manera especial tenemos que vencer la tentación de las falsas seguridades y de pensar que tenemos poder por ser una Iglesia numéricamente grande, o porque tenemos una credibilidad en las encuestas.. Ello supone el asumir valientemente los retos del momento presente que tenemos delante de nosotros.

c) Sus desafíos...

Muchos son los desafíos que tiene la Iglesia. Si abrimos las carpetas de cada acción pastoral, o de cada comunidad, encontraremos un buen número de ellas. Pero queremos referirnos a tres de esos desafíos, para luego ver cuáles son los caminos del Espíritu para la Iglesia en Venezuela de cara al Tercer Milenio.

- Reafirmar la Vocación y Misión de la Iglesia

Ello supone una doble tarea: volver a pensarnos como Iglesia con todo lo que ello significa. Sabedores de que somos herederos y debemos dejar una herencia. Sabedores también de que nuestra historia es una historia de salvación. Sabedores de que cada uno de nosotros tiene una función dentro del

carismas recibidos, cada quien debe cumplir con su vocación evangelizadora: la jerarquía, la vida consagrada, el laicado.

Esta reafirmación hará que entonces se piense en términos de Iglesia y no haya temores de asumir los riesgos de la evangelización. Ello implicará cambiar el estilo clericalista de evangelizar: con esto no se perderá la autoridad de los pastores. Todo lo contrario, se ganará más, pues con la comunión y participación de todos, se hará más fácil la acción del protagonista de la evangelización. Desde esta realidad, se pensará en común, se eliminarán distancias y, sobre todo se dará pie a la fidelidad al Evangelio.

- Encarnarse en la realidad venezolana

No se puede evangelizar desde fuera. Hay que asumir la dinámica de la encarnación. Sólo así podremos anunciar el Evangelio de Cristo casa por casa, persona a persona. Es lo que el Espíritu Santo en el fondo quiere de cada uno de nosotros a lo largo de la historia. Es lo que nos pide en este momento. Se trata de estar dentro, en medio, con la actitud del Salvador: la del servicio, apoyado en el testimonio de vida... Si no lo hacemos, crearemos muchos vacíos, que serán llenados por otros y perderemos la oportunidad de contagiar la fuerza del evangelio a todos, a la cultura, a la modernidad y postmodernidad de nuestra nación.

Esto conlleva la conciencia de que somos instrumentos de Dios. No podemos ser instrumentos si somos pastores lejanos, consagrados aislados, sacerdotes de a ratico, laicos temerosos de ejercer en el mundo la vocación evangelizadora. Es un desafío que no podemos dejar a un lado. Ello, a la vez, requiere el estar en diálogo continuo con la historia, con la cultura, con los problemas, y saber discernir los signos de los tiempos, lo cual sólo es posible si hay apertura a la acción del Espíritu.

- Ver y preparar el futuro

La Iglesia camina en la historia. Una de las tentaciones que podemos tener es pensar que todo tiempo pasado fue mejor. Sin embargo, Dios nos coloca en la historia para que seamos continuadores de su obra. En Venezuela, tenemos que ver hacia el futuro para discernir con la luz del Espíritu qué nación queremos, qué Iglesia necesitamos, qué Reino de Dios vamos a seguir construyendo. Afortunadamente hemos venido dando una serie de pasos en este sentido. Pero tenemos que apretar el paso. Una realización concreta que nos ayudará en esta línea será la del Concilio Plenario Nacional, que no puede

Todos estos desafíos hay que asumirlos. Pero hay una clave muy concreta que no podemos dejar a un lado si de verdad queremos triunfar, es decir, dejar que el Espíritu de Dios actúe como protagonista: es centrar nuestra vida, nuestra fe, nuestra acción en Jesucristo. La Iglesia que debemos anunciar y hacer vivir desde nuestra experiencia personal y comunitaria, no es una simple empresa humana, no es una institución caduca: es la Iglesia de Cristo. Y sólo con Él y en Él podremos cumplir fielmente nuestra misión. Pues la comunión y centralidad de nuestra vida en Cristo es lo que hará realidad el protagonismo del Espíritu en medio de nosotros.

4. Caminar hacia el tercer milenio

a) Desde su misión

Esto es de lógica. La Iglesia tiene que caminar hacia el futuro con el compromiso de la nueva evangelización. Es decir, desde su peculiar y esencial misión. No hacerlo es traicionar su razón de ser. Ahora bien, esto exigirá el adecuar a los nuevos métodos, las nuevas expresiones y el nuevo ardor que exige la nueva evangelización. Dentro de este esquema, se requiere una Iglesia capaz de organizarse más adecuadamente y con sentido de planificación. La verdadera planificación no debe ahogar las luces y el protagonismo del Espíritu Santo. Todo lo contrario: una auténtica planificación pastoral, que conlleva la programación de actividades, requiere también el tener capacidad de discernir los signos de los tiempos y evaluar las acciones, para ir descubriendo los caminos del Espíritu.

Al hacer todo esto, se está, por otra parte, manteniendo una capacidad continua de renovación y conversión: la metanoia de la que tanto se insiste en nuestros tiempos. Un cambio no para destruir, sino para enrumbar. Pero la condición o la clave para entender esta metanoia y esta renovación está en identificarse con la novedad que Cristo le da a los creyentes, y por tanto a la Iglesia.

b) Con la identidad propia de los católicos

La Iglesia en Venezuela ha contribuido considerablemente a marcar la identidad nacional y cultural de los venezolanos. La matriz católica subyace en el ser de los venezolanos. Incluso en los no creyentes muchas veces se suele oír decir que lo católico está presente en ellos: sea por su formación inicial, o por otros motivos. Pero hay que mirar un poco hacia lo que esto significa, pues

no podemos prescindir de uno tan fundamental. Si queremos caminar hacia el futuro, no podemos olvidarnos de lo que marca esa identidad.

Quisiera llamar la atención a lo siguiente. Generalmente los que trabajamos con más dedicación en la Iglesia, solemos decir con razón que somos miembros de la Iglesia. Somos Iglesia. Es verdad. Pero al decirlo, no sólo queremos identificarnos como militantes de la misma, sino que ya marcamos, inconscientemente una diferencia: el resto no parecen ser de la Iglesia. El hecho real es que las mayorías de los venezolanos no se sienten Iglesia, no porque no lo sean, sino porque la suelen identificar con la jerarquía, con algunos más o menos comprometidos. Sienten a la Iglesia como una institución que los dirige, pero que en el fondo está algo alejada de su ser. Más bien se sienten católicos. En cambio, nosotros hablamos poco de que somos católicos. Pocas veces oímos a un obispo, a un sacerdote, a una religiosa, a un laico comprometido decir que es católico. Eso pareciera otra realidad.

Sin embargo es algo que ha venido marcando la identidad nacional. Dentro de esa gran masa de católicos, que sin duda también forman parte de la Iglesia, se realiza la religiosidad popular y otras manifestaciones religiosas, con sus símbolos y hasta su liturgia propia. Desafortunadamente también encontramos una actitud de reserva hacia la religiosidad popular, como si fuera algo sin sentido o desviado. No negamos las desviaciones y deformaciones que se hayan podido dar. Lo cierto es que no hemos aprendido mucho a ser evangelizados por esa religiosidad popular. Queremos evangelizarla, y a veces con esquemas muy nuestros (recordemos lo que indicábamos al inicio: aquello de que nosotros y el Espíritu Santo....). Y al hacerlo, lo que pretendemos es cambiarla adaptándola a nuestros esquemas, sin más ni más.

La religiosidad popular es un don del Espíritu para nuestro pueblo. Es un don que si se ha sabido aprovechar ha ayudado a caminar hacia adelante. Pero, quizás lo que no ha sido es suficientemente pastoreada. Es la religiosidad popular, con sus manifestaciones y su rica simbología, lo que ha permitido que la Iglesia se hubiera mantenido viva, aún cuando diera la impresión de estar latente, en épocas adversas, o en lugares donde no hay tanta presencia eclesial. Es la religiosidad popular la que ha marcado, entre otras cosas la identidad católica del venezolano. Ello incluso ha permitido que el fenómeno del secularismo no haya entrado entre nosotros como sí lo ha hecho en otras naciones.

De cara al futuro, lo que hay que hacer es fortalecer ese sentido de identidad católica, y contagiarle de un sentido de pertenencia a la Iglesia. No se puede pensar una Iglesia que no sienta la vivencia de pueblo de Dios. No se

en su situación concreta y que no vea en sus expresiones las semillas o realizaciones del Verbo. Por eso, si queremos de verdad ir apuntando hacia un futuro más comprometido desde la Iglesia, este tema no lo podemos abandonar, ni exagera pero tampoco sin despreciar la religiosidad de nuestro pueblo. No olvidemos que la Iglesia ha venido planteando desde hace ya algún tiempo la necesidad de inculturar el evangelio. Y esto se logra en la medida que hacemos realidad la dinámica de la encarnación entre nosotros.

c) Con un estilo diferente

No hay que tener miedo de hablar de un modelo de Iglesia. Si lo hacemos desde la fidelidad a Jesucristo, sabremos que entonces no se trata de construir una nueva definición de la Iglesia. No: desde la fidelidad a la raíz y a Jesucristo, es necesario que veamos qué modelo de Iglesia es el que necesitamos para poder realizar la nueva evangelización. Varias son las exigencias que hay que cumplir. Se requiere una Iglesia cercana, capaz de dialogar, testimonial, fiel a Jesucristo, atenta a los dictámenes del Espíritu, profética...

Desde esta perspectiva, tanto para fortalecer la organización, sin renunciar a lo que es esencial, la Iglesia tiene que ir a promover más el protagonismo del laicado en todos sus sentidos, y a profundizar la dimensión misionera que le es propia. Ello supone dejar a un lado los formalismos sin sentido, renunciar al clericalismo y tener la actitud profética del riesgo. Entre otras cosas, ese nuevo estilo tiene que ir descubriendo y valorando los auténticos símbolos para adaptarlos e inculturarlos en la liturgia, sin que esto signifique ruptura con lo institucional. Se trata de abrirse al Espíritu Santo para que Él sea quien dirija de verdad los caminos de la Iglesia en Venezuela hacia el futuro.

5. Conclusión

Hemos presentado una serie de ideas y puntos que esperamos sirvan para la reflexión, el intercambio y el compromiso. Lo hemos hecho tratando de avizorar lo que el Espíritu nos apunta que hagamos. Al concluir podemos hacer referencia a la experiencia de una comunidad que en sus inicios no encontró facilidades sino más bien dificultades, pero que supo asumir el reto de ser Iglesia de Cristo: Tesalónica. Ojalá que en un futuro, nuestros herederos puedan decir como Pablo de los Tesalonicenses: *Tenemos que dar gracias a Dios por Ustedes, hermanos, como es justo, porque su fe está progresando mucho y se acrecienta la mutua caridad de todos y cada uno de ustedes* (1 Tes 1,2-3). Todo ello es posible si dejamos actuar al Espíritu de Dios entre nosotros. Amén.